

Llamó suavemente á la puerta del cuarto de Eva, y preguntó:

—¿Está usted dispuesta, señorita Brillant?

—Bajo al instante.

Se levantó, llamó á su doncella, se envolvió en su manto de reina, y volviéndose hacia Derstal, le dijo:

—Ven. Quiero que esta noche te vean conmigo. Hace mucho tiempo que me olvidas, y empiezo á pasar por una mujer abandonada.

Le cogió las manos, se acercó á él y, sonriendo tristemente, le dió un beso.

—Vamos; no hagamos esperar al público.

Hacia las diez de la mañana del día siguiente, Derstal llamaba á la puerta de Lavirón. Desde hacía más de treinta años el crítico vivía en una casa cuyas ventanas daban al frondoso jardín del Sagrado Corazón. La calma y la tranquilidad de este barrio le complacía; allí vivía en medio de sus libros, de sus grabados y de sus partituras, tocando el violín para distraerse, y ocultándose de esto como si fuese un crimen. El viejo escritor, sentado ante la mesa, con la cabeza cubierta con un casquete de terciopelo negro, corregía las pruebas de su libro sobre *La música en el siglo XVIII*. Su severo rostro no demostró la menor sorpresa al ver aparecer á su favorito. Con negligencia le tendió una mano, y le dijo:

—¡Hola! ¿Es usted? ¿Todavía se acuerda usted de que existo? ¿Qué es lo que le trae á usted por estos barrios tan alejados de los que tiene por costumbre frecuentar?

—Querido maestro, respondió el compositor, sin que, al parecer, hiciese caso de lo áspero de la acogida. Vengo á despedirme de usted.

—¿Va usted á viajar?

—No, querido maestro; voy á trabajar.

—¡Oh, oh! ¿Es cierto esto?

El rostro de Lavirón perdió un poco su rudeza. Su mirada se fijó en el joven con interés. Se arrellanó en su butaca, y colocando á un lado los papeles, repuso:

—¿A trabajar en qué?

—En *La Veneciana*.

—Muy bien. Es una idea excelentísima, Derstal. Pero, ¿adónde se va usted á trabajar?

—A Venecia.

—¿A Venecia? ¿Solo?

—Solo.

—Es una excelente idea, replicó el crítico. La soledad es necesaria para la reconcentración de las ideas. Cuando Gounod quiso escribir *Romeo*, se fué á Italia. Venecia es una ciudad muy á propósito para trabajar. El silencio es grande, la población tranquila, y la locomoción se hace sin ruido. Al extremo del gran canal, no lejos de Cador, hay un jardín en el que el soñador encuentra frescura, silencio, y puede olvidarse de todo, excepto de sus

sueños. Vaya á sentarse allí por las mañanas y encontrará las sombras dolorosas y encantadoras de los personajes de su obra. Pasarán ante sus ojos amantes ó irritados, y para hacer vibrar la pasión en su música sólo tendrá usted que anotar sus palabras. Váyase usted, amigo mío; tiene usted razón. Ya es tiempo de que usted se vaya, porque nos debe usted una obra; y estaba á punto de no pagar su deuda.

Por primera vez, desde que había entrado en casa del viejo escritor, éste acababa de llamarle amigo suyo.

Derstal se estremeció de alegría, y sintiéndose como rehabilitado quiso confiarse enteramente.

—Al presentarme esta mañana ante usted, ha sido para suplicarle que me conceda su indulgencia. Yo sé todo cuanto tiene usted que reprocharme, y no buscaré excusas inútiles. Me limitaré á cambiar de conducta, y creo que esto será suficiente para satisfacerle.

Lavirón sonrió, puso una mano en el hombro de Derstal, y dijo:

—El hijo pródigo ha vuelto. Abrámosle los brazos y alegrémonos, pues su locura no habrá sido larga. Hijo mío, los días que ahora transcurren son los más preciosos para su carrera; son días de oro, sépalo usted, pues jamás volverá á encontrar la inspiración y la fuerza de la juventud, si deja pasar las horas propicias sin aprovecharse de ellas. Derstal, yo he conocido muchos artistas llenos

de promesas que se han perdido para siempre por no haber sabido reconcentrarse en sí mismos. Después de haber dado el primer paso con el fin de salir más lejos y rayar á mayor altura en una nueva tentativa. Veā usted, la vida es implacable; no nos hace gracia ni de un minuto, y el luchador que toma aliento sentado al borde de la arena, en lugar de continuar su esfuerzo, ha dado motivo á que la fortuna le vuelva la espalda. Yo he maldecido desde hace dos años su pereza, su ligereza, el olvido en que estaba de lo que se debía á sí mismo y de lo que debía á sus amigos. Yo he hecho morder el polvo á todos sus rivales, y únicamente con su triunfo puedo justificar estas implacables ejecuciones. Si usted fracasa, Derstal, yo quedaré convertido en un libelista estúpido y feroz. No tengo más excusa que su triunfo. Para hacerme quedar bien debe usted triunfar, y el triunfo no se consigue más que trabajando.

—No dude usted más de mí, querido maestro; yo le dare á usted satisfacción completa.

—Hijo mío—repuso el crítico,—á quien dará usted satisfacción es á sí mismo. Usted es joven y apenas sabe lo que es la vida. No conoce usted aún sus desencantos crueles. Cuanto más envejezca, más comprenderá que todo es vano, excepto la felicidad de revivir en su obra. Puede ser atacada, escarnecida, vilipendiada, ¿qué importa? Existe; y si es fuerte y hermosa, la envidia se

rompe los dientes y las uñas al tratar de destruirla. Derstal, la humanidad es vil y rastrera; de ella no se puede esperar más que infamias y cobardías. El que funde su felicidad sobre las satisfacciones materiales, será un pobre diablo que se prepara á todas las tristezas y á todas las miserias. Sólo hay goce absoluto en el culto del ideal. Vea usted cómo yo vivo aquí. Lejos del ruido, lejos de la competencia, lejos de las violencias de la vida. Tengo ante mis ojos la verdura de este jardín religioso, por el que pasan fugitivas las blancas tocas de las hermanas y los trajes grises de las pensionistas. No hago más que escribir todo cuanto pienso sobre los maestros de otras épocas, pintores y músicos, y cuando quiero recompensarme de un día largo de trabajo, á la caída de la tarde cojo mi viejo violín, abro un cuaderno de sonatas de Haydn ó de Mozart, y toco para mí solo esta música divina. Soy independiente, libre de decir lo que pienso y dueño de hacer lo que quiero. En la vida, mi querido amigo, no puede haber otra satisfacción, y todo cuanto le cuenten con respecto al amor y á la ambición será falso y mentiroso. No hay más que el trabajo; lo demás sólo es un placer pasajero y una sensación efímera.

—No obstante—dijo Derstal con alegre sonrisa,—no creo que llegue usted al extremo de ordenarme que no vea más á Eva Brillant, con el pretexto de que pueda inspirarme sentimientos

que sólo tienen lejana relación con el idealismo.

—¡Ah, Derstal! Los lazos que le unen á ella son más artísticos que amorosos. En todo caso, yo hablo refiriéndome á ella, pues he podido leer en su pensamiento; y entre el porvenir de usted y su ternura no vacilaría un solo instante. Esto es lo que la hace digna de ser la compañera de un gran creador como usted. Eva se interesa tanto por la obra como por el autor, y en su admiración confundirá tan bien uno y otro, que no será posible separarlos. Yo he asistido á su desesperación, cuando, como yo, creyó que iba usted á defraudar las esperanzas que sobre su talento se habían fundado. Seguramente que sufría al ver que se alejaba usted de ella; pero lloraba también la obra esperada. Eva no será nunca un obstáculo para su carrera. Al contrario; le ayudará con toda sus fuerzas. Usted ha tenido la rarísima suerte de encontrar en los principios de su vida la mujer que podía satisfacer su corazón y su espíritu, sueño de todos los artistas sublimes. Dante adoró á Beatriz, y Petrarca divinizó á Laura. Una y otra marcaron con imborrable sello el genio de los dos poetas, y con ellos entraron en la inmortalidad. Era lo justo, pues cada uno había tenido su parte. Cédale á Eva la suya en su vida y en su obra.

El crítico se detuvo para respirar; fijó en Derstal sus ojos irónicos, y añadió:

—Además, con ello no hará usted ningún mal

negocio, porque en los momentos actuales Eva Brillant no tiene rival, como cantante, en ningún país del mundo.

Y viendo que el compositor se desconcertaba ante esta conclusión utilitaria, repuso:

—Vamos; las doce van á dar, y no permitiré que se aleje usted de mi desierto con el estómago vacío. Almorzará usted conmigo. Será una especie de introducción á la vida de anacoreta que pronto empezará para usted. Amigo mío; puesto que va usted á Venecia, escribame para decirme lo que es del hermoso Tiziano de la iglesia de Capuchinos. No se fije usted en el estilo del monumento; es horrible. Lo construyeron los jesuitas. Esos admirables educadores de hombres eran muy malos arquitectos. Dirijase usted á la capilla de la Virgen, y deténgase con devoción ante el retablo del altar. Fué esculpido por Allegri, y sirve de marco á un diamante purísimo: *La Natividad*, del sublime Vecelli. La última vez que contemplé esta obra maestra, el agua de las lluvias filtraba por un canalón agujereado y amenazaba destruirla. Es una lástima. Venecia se hunde. Un día de tempestad desaparecerá entre las olas del Adriático, y una de las maravillas del mundo habrá dejado de existir.

Se levantó, cogió al compositor con afectuosa familiaridad por el brazo, y añadió:

—Hablo mucho, ¿eh? Uno frases, construyo sistemas y desenvuelvo teorías..... Es que estoy con-

tento al verle aquí, reconciliado con usted mismo. Derstal, el talento es raro; no lo malgastemos, y ahora vámonos á almorzar.

IV

—María Pía, un extranjero que desea hablar con el *padrone*.

—Ya bajo.

Pasos rápidos se oyeron por la escalera de piedra, y una jovencita de quince años apareció en la acera que bordea el canal. Era delgada, y la mirada de sus grandes ojos, que brillaban entre los rizados bucles de sus flotantes cabellos, iluminaba su pálido rostro. Sacudió la cabeza para echar hacia atrás su cabellera, y dirigiéndose á un muchacho medio desnudo, cuyos brazos cubiertos de harina revelaban su profesión, le preguntó:

—¿Dónde está el visitante?

—En esta góndola.

Sentado bajo el negro cobertizo de la góndola, vestido con traje claro, corbata encarnada, y cubriendo su cabeza con sombrero de anchas alas, el joven Harry Brandón esperaba que saliese la persona por quien había preguntado.

—¿Es usted, excelencia—dijo María con voz sonora,—quien desea hablar con mi padre?

—Sí—respondió el americano.—Me han dicho que el panadero Salavería hospedaba en su casa á